

## Algunos relatos: "Agatha"

Samuel Linares



Image not found.

# Capítulo 1

Agatha.

habría que responder a las preguntas tranquilamente. despacio. una después de otra, sin alterarse. sin tropezarse. responder sólo a las preguntas. escuetamente. sin presiones. sólo a lo que se pregunta. olvidar los gritos nerviosos y enfadados y seguir tranquilo, en el apacible clímax interno. ir al grano. recordar cómo y porqué. no importa cuando. nadie pregunta nunca cuando. lo que importa es cómo ha sucedido. sí, eso es lo que le importaba. cómo había sucedido. yo estaba calmado. bastante calmado, a decir verdad. en una persona normal es un estado corriente. en un drogadicto no. ya había dejado las drogas. por completo. por eso era extraño que estuviera tan manso como un caballo a punto de morir. me había rehabilitado y formaba parte de la sociedad. escribía aquellos cuentos malos para las revistas que me pagaban. vivía bien. a costa de mi felicidad vivía bien. pero estaba tranquilo. inmerso en la tranquilidad de lo que acababa de suceder. ella me gritaba. quería saber cómo y porqué. quería saber porqué demonios el espejo que su abuela le dejó en herencia estaba tumbado. habían pequeños trozos de cristales brillantes que reflejaban imágenes rotas en el suelo. yo iba descalzo. mis pies sangraban. mis brazos sangraban. mi pecho sangraba. habían huellas rojas por toda la casa. al verlas sonreí, casi riendo. pero no llegué a hacerlo. no me hubiera venido bien. quería saber porqué la lámpara de araña estaba también en el suelo. también era de la herencia que le había dejado su abuela. decía que había ido no necesariamente a por lo más caro, sino a por lo que más daño le haría. quizá tuviera razón. nunca me lo planteé.

la primera pregunta que me hizo fue la del espejo. pero la respuesta del espejo era misma que la de la lámpara. y la misma que la de sus cuadros, que todavía no había llegado a ver. una respuesta que si bien podía comprimirse en unas pocas palabras, necesitaría de una explicación porque a simple vista carecían de lógica alguna. la respuesta era: "Yo me

obligué a hacerlo.”

claro que yo no pronuncié jamás las palabras que se suelen usar para obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad. fue todo muy silencioso. nadie dijo nada. ni yo ni yo. aunque suene absurdo. y para responder a esa pregunta debía irme unos meses atrás. cuando conocí a mi bella esposa, la misma que ahora no paraba de gritar y de pedirme unas explicaciones que yo sabía que no quería oír. nos conocíamos de hacía poco. le gustaban mis relatos. los compraba. acudió a una firma de unos ejemplares que no se vendían. me pasé más de tres horas firmando hojas de revista. no sabía quién lo había autorizado, y de haberlo sabido le hubiera sacudido. no, no es cierto. le hubiera dado las gracias. necesitaba dinero, llevaba varios días sin comer y durmiendo en la

calle. pero no era la comida ni la calle lo que me preocupaba. era la droga. la necesitaba como al aire mismo, como un niño necesita el calor de su madre. cuando a un niño no se le proporcionan ciertas dosis de cariño durante un tiempo, tiende a volverse violento y distante. y allí estaba yo, forzando una sonrisa y garabateando con un rotulador azul las hojas plastificadas y llenas de colorines de la revista. el tipo me pagaba bien. todo lo bien que se lo puede pagar a un drogadicto, que no era demasiado. me conformaba con unos cuantos chutes. lo suficiente como para aguantar un par de días. y después iría otra vez a la calle a escribir más mierda para que la publicaran.

la gente se sucedía en la cola y yo no miraba sus ojos. escuchaba sus voces y asentía y sonreía a sus palabras. pero nunca les miraba. excepto a ella. realmente fue un destello. algo romántico incluso. me atraía. primero fue su mirada, luego su gesto, luego su aroma. olía a viejo. como a tienda de antigüedades. la invité a cenar. trabajaba, de hecho, en una tienda de antigüedades. su abuela se la había dejado. me llevó a verla y todo estaba lleno de candelabros y cuadros e instrumentos musicales. había un cuadro de su abuela. lo observé lentamente, con los ojos abiertos de emoción y conmoción. era preciosa. era vieja y hermosa. y estaba muerta. quizá fue eso lo que más me atrajo de ella. me interrumpió en mi paréntesis con aquella bella difunta y me preguntó si quería ir a su casa. le dije que estaría encantado. fuimos y nos acostamos en su cama. podía advertirse que tenía dinero y que yo realmente le gustaba. sabía que estaba enamorada de mí. y me esforcé en hacerla pensar que yo estaba enamorada de ella, cuando realmente codiciaba la imagen de la predecesora de su predecesora, un arquetipo de su persona, un boceto mejor logrado que el óleo que en ella se podía apreciar.

no tardé demasiado tiempo en instalarme allí. tampoco tardé demasiado en darme cuenta de que lo que me había atraído de ella, sus rasgos más hermosos, eran los que había heredado de su abuela. incluso su aroma. el que yo podía oler en los cuadros, claro. ella tampoco tardó mucho tiempo en percatarse de mis diversos problemas económicos y de salud. me sorprendió pinchándome en el baño. creí que se había ido a trabajar. se olvidó las llaves. yo la necesitaba cuanto antes y no tuve cuidado. había escrito unos cuantos relatos, los suficientes para tener dinero todas las semanas, y ya lo estaba gastando. no fue a trabajar ese día. le había decepcionado enormemente el hecho de que escribiera para sustentar mi adicción. se puso a llorar incluso. la comprendía. le dije que lo sentía. leyó los relatos que había escrito esa mañana y los rompió en mil pedazos, tiró por la ventana unos cuantos formando una lluvia nívea y los otros los quemó. los pisoteó. lloró sobre ellos. los arañaba. a mí no me hacía nada. entonces supe que no me amaba a mí, amaba mis escritos. mis falsos escritos. cuando húbose tranquilizado me mandó a un centro de desintoxicación. me obligó a ir. me hablaba muy fría y distante. siempre se maquillaba por las mañanas y vestía de cierta manera. después de aquello tuve la sensación de compartir habitación con un cadáver.

me rehabilité en unos meses. no pude ver el cuadro de Agatha, así se llamaba su abuela. mi mujer venía a visitarme una vez a la semana durante media hora. estuve barajando mucho tiempo la posibilidad de pedirle que me trajera uno de sus cuadros. lo hablé incluso con los doctores y con los guardias. utilizando argucias los convencí de que sería bueno para mi rehabilitación. me volvía loco sin Agatha. odiaba mi existencia sin ella. pero se me ocurrió otra idea más genial todavía: comprar los cuadros. los tendría en casa siempre. mi esposa no tenía porqué pensar nada extraño. le dije que había sido un regalo. durante mi estancia en el centro escribí gran cantidad de relatos. me publicaron en diversas revistas y algunas editoriales querían publicarme. era impresionante el dinero que podía ganar un mal escritor sin siquiera pensar. las historias me salían solas. la mayoría tenían que ver con un tipo que se enamora de una mujer más mayor. en un principio estuve reacio a escribir tales historias. a mi mujer le sería fácil relacionarlo con los supuestos regalos que le había hecho. pero ella ya no me leía. mis historias ya no le hacían sentir bien. seguía conmigo por el compromiso. eso estaba bien.

el primer sitio que pisé cuando salí de aquél claustrofóbico y ruin lugar fue la tienda de antigüedades. iba en taxi. sabía que mi esposa no trabajaba ese día. sufría de depresiones. había contratado a otra

dependienta para que la sustituyera de vez en cuando. ella no me conocía ni iba a hacerlo jamás. compré dos cuadros y el espejo. también tuve que pagar a un tipo con una furgoneta para que me los llevara a casa. subí con él en el vehículo. no podía dejar a Agatha sola con cualquier tipo.

al parecer le hizo ilusión. sonrió por primera vez en mucho tiempo. eso no me hizo sentir bien, aunque se suponga lo contrario. su ánimo no me importaba. entre los dos pusimos el espejo en el salón. pese a su reacia primera impresión de la idea, conseguí convencerla de que pusiéramos los cuadros en el dormitorio. me llevó toda la tarde. decía que le segaría las alas a su deseo sexual. ya nunca nos acostábamos. tardó toda la tarde en darse cuenta y admitirlo.

bien, sufría de una dependencia obsesiva de Agatha. al principio era sólo deseo. tuvieron que pasar sólo unos días para que encontrara un sustitutivo de mi droga. Agatha. pronunciaba su nombre constantemente cuando estaba solo. había trasladado mi estudio al dormitorio, donde estaban los cuadros. mi mujer comenzó a trabajar más cuando volví y yo trabajaba desde casa. supuse que no le gustaría estar entre las mismas cuatro paredes que yo durante todo un día. a menudo escribía un tope de cuentos a principios de semana y después los iba dosificando. era un buen sistema. el resto de días me los pasaba contemplando sus ojos. había llegado a memorizar incluso las pinceladas. en torno a sus mejillas eran suaves y onduladas. el artista reflejaba las arrugas de una manera muy viva. el fondo era completamente negro para resaltar el claroscuro. sus ojos eran hondos y agresivos. su mirada severa. su pelo eran suaves líneas grises. su rostro entero era una completa obra de arte. primero deseé una fotografía. luego que estuviera en la misma habitación que yo para poder poseerla. ¿Qué era lo que quería poseer?

comencé a pintarla. en un principio me limitaba a copiar los retratos que colgaban sobre la pared. después experimentaba. eran simples bocetos que guardaba celosamente en un cajón atascado que sabía desatascar, el mismo sitio en el que guardaba la droga cuando aún la consumía. el primer dibujo "libre" que hice de ella me tuvo un mal sabor de boca que me abstuvo de escribir e incluso de comer durante varios días. la escena estaba dibujada escueta y con terquedad; yo no tenía madera de pintor. pero el mensaje lo que me perturbaba profundamente, lo que enturbiaba mis sueños. era por la noche, opté por mis amados claroscuros que veía antes de acostarme y al levantarme. un escenario.

una guillotina. había una expresión extraña en nuestros rostros. sujetaba su cabeza recién cercenada. la sangre caía en forma de carboncillo sobre el suelo de madera que parecía cartón. ella sonreía igual que lo hacía mi esposa tras un orgasmo. yo sonreía igual que sonreía yo tras un placentero, inmensamente placentero orgasmo. dejé de dibujarla unos cuantos días. no quería mirar sus cuadros. era como si fuéramos un par de amigos que tras una noche de copas nos habíamos acostado. sentía vergüenza. y tras toda aquella pintura que la camuflaba, yo sabía que ella también sentía vergüenza.

lo más extraño de todo era que comenzaba a mirar el dibujo con otros ojos. con ojos de deseo sexual. lo cogía y comenzaba a masturbarme mirándolo. sentía mi sexo lo más excitado que lo había sentido en mi vida. tardé poco tiempo en acabar. luego volví a comenzar. y así varias veces. la vergüenza había sido sustituida por la perversión. la miraba por las noches, mientras mi mujer dormía. parecía que me sonreía con lascivia y entonces sentía el indomable deseo de volver a contemplar el dibujo que yo mismo había trazado y volver a sentirla cerca. jamás había experimentado algo como aquello, como su muerte. ¡su segunda muerte, si es que alguna vez hubo una primera!

tenía sed continuamente. pronto el dibujo me supo a poco y tuve que dibujar otro, más perverso, más demencial, más sangriento; más excitante. ya lo tenía en mente desde hacía unos cuantos días. quería matarla estirando sus extremidades. la guillotina era demasiado rápida, no daba tiempo a disfrutar. no era la sangre lo que me excitaba. lo único que ponía mi sexo en pleno estado de ebullición era su corazón dejando de latir. ¿Me convertía eso en un asesino? probablemente. y lo disfrutaba. disfrutaba más que mi esposa vendiendo sus ridículos productos caducados. el amor y la lascivia que teníamos Agatha y yo jamás caducaba. jamás se convertía en una antigüedad que vender.

aquél dibujo me sirvió durante varias semanas. era lo más excitante que había visto en mi vida. cuatro caballos pura raza, que dibujé con una inquietante técnica que jamás antes había poseído, estiraban de los pies y manos atados a su montura. yo en mi fantasía montaba, sin dejar ni un segundo de observarla, en uno de esos caballos. los pies y las manos de mi querida Agatha, que se sumía en el orgasmo como en unas aguas frías y turbias. ese pensamiento me inspiró el siguiente dibujo. la ahogaba en un río. después la degollaba. después la asfixiaba con mis propias manos. luego empecé a dibujar que con un hacha cercenaba diferentes partes de su cuerpo y se las mostraba. siempre dibujaba sus ojos un tanto

entrecerrados. su boca un tanto entreabierta. su pelo un tanto revuelto. siempre ponía especial ahínco en los detalles para poder sumergirme en ellos con mi libido latiendo en mi mano.

pasé más de un mes feliz con aquella enfermiza práctica. cada vez tenía más necesidades. algunas veces cogía varios folios y hacía un dibujo más grande. otras intentaba imitar su voz agonizando. el deseo se hacía más intenso y todo aquello empezaba a quedarme pequeño. me apretaba y me asfixiaba y por primera vez desde que salí del centro, deseé la droga. era un sustitutivo. Agatha se lo tomó como una traición. se enfadó conmigo. vivía en una casa en la que dos mujeres de la misma familia se habían enfadado conmigo y que odiaban y me rechazaban. entonces recaí en el hecho de que hacía mucho tiempo que no escuchaba la voz de mi mujer. se limitaba a levantarse por las mañanas, desaparecer, y reaparecer con ojeras y cansancio al ponerse el sol. enchufaba la televisión. yo rara vez estaba en el salón. llevaba varios días sufriendo el enfado de Agatha. pero ver a mi esposa, a mi hastiadamente dulce y amargadamente bella esposa reflejada en el espejo que mi otra amada fémina me dejó, me abrió los ojos. fue la puerta con marco de oro que se abría y dejaba entrever otro enorme desfile de enfermas fantasías sexuales y perversiones. lo había comprado como señuelo para los cuadros, para que mi esposa no pensara que exclusivamente me interesaba la figura de su abuela. para engañarla. lo conseguí, y una vez lo hube hecho, lo olvidé.

cuando se fue a trabajar me vi reflejado en él, pero fue como si faltara una parte de mí. en un impulso fui a l dormitorio para coger uno de los cuadros y ponerlo tras de mí, apoyándolo en la pared. luego traje una silla. me desnudé y me senté. no sabía porqué hacía todo aquello. no me lo preguntaba. sólo estaba excitado. y ella también lo estaba. la miré a los ojos reflejados. luego al cuadro, miré sus ocelos a través de la pintura. estaban entornados. sonreía. cuando me levanté corriendo hacia la cocina y cogí un cuchillo me detuve en seco. estaba a punto de llegar. me vi reflejado en la distancia; desnudo y con un cuchillo. escuchaba la voz de Agatha llamarme. quería que fuera. estaba lista. lo comprendí. antes le había tocado a ella. ahora me tocaba a mí. yo siempre, durante todo aquél tiempo, había sabido que conocía a Agatha. sin hablar con ella me sentía como si hubiera penetrado en cada poro de su ser. pero en ese instante, en ese preciso instante en el que su voz vieja y ronca me llamaba para que cocináramos juntos un plato que nadie excepto nosotros podría comer, sentí miedo. miedo porque no sabía qué iba a hacerme. miedo porque realmente no conocía a la persona con la que iba a consumir semejante acto de deshumanización. como en un impulso, me hice un corte en la palma de la mano. me dolía. vi como caía la sangre pegada a

mi brazo. sentía miedo porque no era real. sentía miedo porque estaba realmente loco. fui lentamente hacia la silla. me senté y esperé. luego la miré a los ojos y supe que algo más faltaba. no era un claroscuro. ella estaba pintada en un claroscuro. yo la había pintado en un claroscuro. y ella quería pintarme en un claroscuro. se me vino a la cabeza la imagen de las espectrales manos de Agatha, delgadas y arrugadas, pintándome con un pincel en un lienzo en blanco, agonizando, con la boca tan abierta que mis mandíbulas estuvieran a punto de desencajarse. y yo no sentiría ese placer. ella mantendría los ojos entrecerrados y la boca entreabierta y yo sufriría su lascivia y su deseo. ¿Qué era lo que quería poseer? quería poseerme a mí igual que la droga.

bien, ya había asumido mi locura para ese momento. la pregunta de la lámpara es, sin duda, la más sencilla que contestar. arrastré la silla en la que Agatha me iba a violar y me subí para romperla. después caí en la oscuridad. las persianas estaban bajadas porque mi esposa no las había levantado para que no me despertara. era adorable. Agatha reía. reía y su risa me provocaba escalofríos. yo estaba sentado en la silla, frente al espejo. el filo de un cuchillo me rajó el brazo. luego el pecho. luego la cara. estaba gimiendo, estaba a punto de llegar al orgasmo. me levanté cuando casi me perforó el estómago con una incertera puñalada. aquello la enfadó. yo la había matado más de una veintena de veces de las más crueles formas, y yo la entendía; ella quería hacerme lo mismo a mí, quería disfrutar. pero Agatha, ¡Yo ya no podía quererte! ¡No podía morir! el amor propio fue lo que me salvó.

tumbé el espejo porque esa era la manera que tenía Agatha de verme. lo intuí. me supuso un gran esfuerzo físico que tras las drogas creí que no iba a poseer jamás. busqué a tientas el cuadro y le asesté puñetazos hasta que la tela cedió y Agatha murió de nuevo. encendí unas velas y respiré hondo. la casa estaba patas arriba. yo ya no estaba excitado. con una de las velas quemé los dibujos. estaba tranquilo. me tomé un whisky y me fumé un cigarrillo. entonces, cuando iba a coger el cuadro para quemarlo, escuché un jadeo. un jadeo cansado y angustiado. venía de la habitación. recordé que había otro cuadro y me asusté sobremanera, ¿Cómo había podido olvidar la existencia de otra Agatha? era como disparar a los brazos obviando la cabeza y esperar que se perezca al instante. corrí y vi el cuadro. efectivamente, tenía los ojos cerrados y jadeaba. no era real. no podía serlo. Agatha era sólo una parte de mí, una parte de mis lascivia que las drogas habían enterrado. recordé entonces porqué comencé a pincharme. no corrí riesgos y rompí la tela. luego quemé los cuadros y esperé a que volviera mi mujer, tranquilamente, con



una especie de paz interior que nunca había sentido. no paró de preguntar. no sé si esta era la respuesta que esperaba.